

pero nada autoriza semejantes acusaciones. ¡Cómo! ¿ha solicitado la paga de la sangre, porque un día Bernard le remitió un billete de camino de hierro y catorce chelines? ¡No! ¡él no se ha vendido!»

M. Mathieu traza su vida aventurera, ejercitada por la fatalidad, y prosigue:

«Un día pudo entrar en la escuela de cadetes pero con la condición de servir al Austria, y no quiso.

»¿Quién se atreverá á acusarle de esto? ¿Era esta resolución la de una alma vulgar? ¡La escuela de cadetes! Era un grado de oficial en perspectiva, un porvenir, la gloria quizá. Rehusarla, era condenarse al destierro y á la miseria. Ya sabeis su elección; prefirió el destierro y se fué á Inglaterra, de donde no ha salido hasta el mes de enero último.

»En diciembre de 1855 se casó con una pobre jóven, Elisa Brott, era casi una niña, ya he dicho que tiene solo diez y siete años, habiendo nacido un niño de este matrimonio. Vivió dando lecciones de italiano y de alemán.

»Cuando sobrevino la crisis comercial vió desaparecer sus lecciones una á una. En diciembre de 1857 habia llegado á una miseria desesperada y terrible que le arrancó la carta de 29 de diciembre, de la que extracto el siguiente párrafo:

«Para no dejar morir de hambre á mi pobre hijo y á mi mujer, he empeñado mi único paletó, encerrándome en mi casa hasta que la Providencia me abra camino, y lo que mas me asusta, es que si el sábado próximo no pago á mi casero, seré puesto en la calle para morir de inanición (pensamiento lúgubre y espantoso). Estas son las circunstancias que actualmente me rodean, y si vos, querido ciudadano, no venís en mi auxilio, estoy á punto de caer en el abismo de crueles desgracias, y no sé lo que podría sucederme. ¡Oh! ¡cuánto me aflige tan espantoso porvenir! Sin embargo, querido ciudadano, alimento aun la esperanza que si podeis, vendreis á ayudarme de buena voluntad. Seré siempre el mismo, y estaré á vuestras órdenes en cualquier tiempo y lugar y para cualquier cosa que me necesiteis.»

«Entonces es, y en estos tristes momentos, cuando todos los que quieren reconquistar la independencia de Italia, rodean á Rudio, le espian y solicitan su miseria. Entonces aparece Carlotti. Rudio le confía su desgracia, y Carlotti le habla de Orsini como de un hombre de generoso corazón. En estas primeras conversaciones no hubo sin duda cuestión política. Hasta mas tarde no se hizo brillar á sus ojos la esperanza de la libertad de su patria. Era el único móvil que podia influir en sus acciones. Ha hecho confesiones cuya sinceridad no es sospechosa, y no veo por qué se le rehusará su triste beneficio.

»Todo indica que no se le hizo entonces confidencia del crimen proyectado. ¿Por qué se le habia de revelar en Londres? ¿No nos ha dicho Orsini que en semejantes materias las confianzas son peligrosas? Y además, en Londres, su jóven mujer y la cuna de su hijo, ¿no se interpondrían entre él y su crimen? Era necesario ocultarle la verdad. Por otra parte, Gomez, ¿no ha dicho que se trataba de los negocios de Italia?

»Paso por alto los hechos intermediarios y llego al momento en que Bernard le envia el billete del camino de hierro y los catorce chelines. Deja á Inglaterra, llega á París, y allí lo sabe todo. Como si se desconfiara de su debilidad, se le pone bajo la vigilancia de Pieri en la misma fonda; se le obliga á jurar obediencia bajo pena de muerte; se le lleva al teatro y se le manifiesta un criado que vende á su amo y que paga su traición con la vida; sin duda no se le impone una violencia material, ni moral absoluta; pero en fin, la libertad tiene sus grados. Las confidencias que recibió hicieron de él un cómplice, ¿harian tambien un delator? ¿Mas por qué huyó? ¿Huir? los débiles recursos que le dieron, le fueron retirados, y no pudo abandonar á París. ¿A dónde irá? ¿A Londres? Pero una cruel experiencia le hace comprender cuán implacables son en Londres los odios políticos, y cuán inescrutables las venganzas.

»En Londres es donde en 1846 fue herido de una puñalada, porque se sospechó que fuera un agente francés. Hé aquí ante qué recuerdos se hallaba colocado Rudio cuando juraba obedecer á Orsini.

»No quiero insistir, señores jurados, acerca de su actitud en esta audiencia y sobre sus declaraciones. Permitidme que os diga, no obstante, que despues de haber negado una parte de los hechos que se le han imputado, acudió espontáneamente al magistrado instructor y le confesó su presencia en el teatro del atentado, cuando quizás no se le podia probar contra él.

»Este es, señores, el papel de Rudio. Sin duda el crimen es enorme y sus consecuencias espantosas; sabemos que esos instrumentos arrojados á la vía pública en la noche del 14 de enero, dieron por resultado heridas, muertes y duelo. Ese crimen grita venganza; me engaño, grita justicia.

»Pero espero que no hareis pesar sobre estas cuatro cabezas el mismo nivel sangriento.»

La defensa ha cumplido su cargo, y el señor Presidente hace su resumen con gran elevación de miras y serena imparcialidad. M. De'angle dirigió estos debates tan graves con una firmeza digna, con una paciencia infinita: dejó á los acusados la mas completa libertad en la defensa, lo que no impidió á un periódico democrático de Londres, el *Daily News*, proclamar que jamás fue tan misteriosamente sanguinario proceso alguno de la inquisición. Preciso es leer tan enormes proposiciones, para comprender la irremediable, la voluntaria ceguedad de los partidos.

Cumplido el deber de resumir el debate, el primer Presidente, inspirándose con las últimas palabras del Procurador general, termina con estas reflexiones elocuentes:

«Permitidme añadir á estas observaciones tan graves, tan elocuentemente espresadas, otra que recomiendo á vuestras conciencias. Uno de los escritores que mas han enaltecido á la Francia, un gran talento, Pascal, ha dicho:

«En un Estado donde se halla establecido el poder real, no se puede violar el respeto que se le debe sin cometer una especie de sacrilegio.